

Sevilla como laberinto en Mujica Lainez

Autor de las mejores novelas históricas escritas en lengua española, el argentino Manuel Mujica Lainez (1910-1984) fraguó una Sevilla sentimental bajo el sol de sus paseos y al calor de sus lecturas cervantinas. El laberinto sevillano de Mujica Lainez es un laberinto de caricias, perfumes, colores, sonidos y sabores. Un laberinto en cuyo centro encontró la libertad.

POR FERNANDO IWASAKI

Si Manuel Mujica Lainez hubiera sido boliviano, venezolano o paraguayo, sin duda habría sido una de las figuras literarias más extraordinarias de aquellos países, pero Mujica Lainez nació en Argentina y en su país —el país de Borges, Cortázar, Sabato y Bioy Casares— nunca pasó de ser un secundario de lujo, un dios menor menor de aquel Olimpo fastuoso donde Sarmiento, Lugones, Macedonio, Gironde, Saer, Denevi, Lamborghini, Di Benedetto y las Ocampo todavía reciben pleitesía, por no hablar de las misas de cuerpo presente que ya se celebran en honor de Abelardo Castillo, Fogwill, Ricardo Piglia y César Aira.

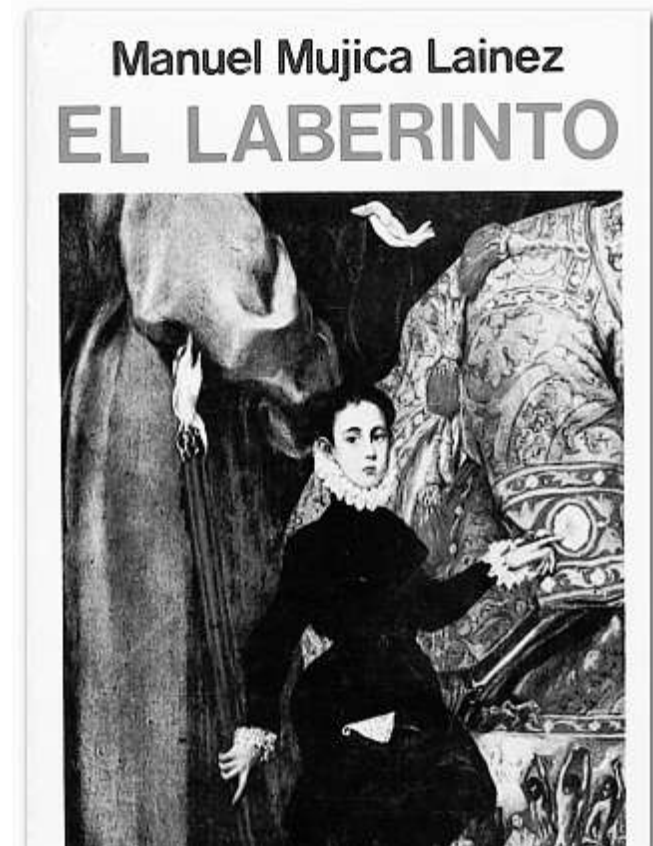
Escritor de una exquisita cultura, Mujica Lainez publicó tal vez las mejores novelas históricas escritas en nuestra lengua. Pienso en *Bomarzo* (1962) y *El unicornio* (1965), donde desplegó sus soberbios conocimientos de arte y mitología medievales y renacentistas; pienso en sus ficciones «fundadoras» de Buenos Aires y la Argentina, como *Don Galaz de Buenos Aires* (1938), *Aquí vivieron* (1948), *Misteriosa Buenos Aires* (1958) y *De milagros y melancolías* (1969); pienso en su alhaja egipcia —*El escarabajo* (1982)— y para efectos de esta Biblioteca de Apócrifos Sevillanos, pienso en su capricho español: *El laberinto* (1974). Hasta para la novela histórica llegó tarde Manuel Mujica Lainez, pues ninguna paparrucha contemporánea de reliquias, templarios y catedrales resistiría la más mínima comparación con *Bomarzo* o *El unicornio*.

Sin embargo, para mi arbitrario gusto, *El laberinto* no es la mejor novela histórica de Mujica Lainez, pues sus deudas, préstamos y devociones son evidentes, excesivos y flagrantes.

La deuda está en la propia trama, ya que al inventar la vida de don Ginés de Silva —hidalgo secreto en Toledo, pícaro en Sevilla, perulero en Indias y vecino ilustre en Buenos Aires—

Mujica Lainez nos descubrió su novela de referencia: *La gloria de don Ramiro* (1908) del malquerido Enrique Larreta, una recreación de la España barroca que disfrutó de gran éxito a comienzos del siglo XX. La admiración de Mujica Lainez hacia Larreta tuvo que ser notable, a pesar del oprobio que cayó sobre Larreta como consecuencia de una malignidad de Borges («No bebo, no fumo, como poco. Mis únicos vicios son la *Enciclopedia Británica* y no leer a Enrique Larreta»). En cuanto a los préstamos, para documentar los años peruanos de don Ginés de Silva, Mujica Lainez se basó tanto en las *Tradiciones Peruanas* (1872-1910) de Ricardo Palma, que los pastiches de Palma cantan demasiado en la segunda parte de *El laberinto*. Finalmente, las devociones —que son lo mejor del libro— son artísticas y literarias, pues la novela es un homenaje a Cervantes y El Greco. Precisamente, Mujica Lainez se las apaña para que Ginés de Silva nos explique cuál es su personaje dentro de «El entierro del conde Orgaz»: «Yo soy ese niño que a la izquierda del cuadro, en la parte más próxima al suelo, sostiene con la diestra un encendido hachón y con la siniestra indica la fúnebre y extraordinaria ceremonia, junto al mancebo San Esteban».

La Sevilla de *El laberinto* es la misma ciudad cervantina de las *Novelas ejemplares* y aparece en el capítulo titulado «El vendedor de pájaros». Como en *Rinconete* y *Cortadillo*, los pícaros Ginés y Baltasar arribaron a la ciudad Hispalense y entraron al servicio del pajarero Flequillo y del canónigo Baldoví, respectivamente: «Llegamos a Sevilla entre naranjos y olivares, con el cuerpo liviano y el ánimo henchido. De lejos vimos los romanos murallones, la Giralda, los perfiles del Alcázar, la Torre del Oro, las religiosas cúpulas, el lechoso blanco del caserío, el espejo del Guadalquivir, ruta hacia el mar, y nos rebosó el corazón de júbilo». Mujica Lainez recreó



Detalle de «El entierro del Conde Orgaz» en la cubierta de «El laberinto» (1974)

ABC

Escritor de una exquisita cultura, Mujica Lainez publicó tal vez las mejores novelas históricas en nuestra lengua

La Sevilla de «El laberinto» es la misma ciudad cervantina de las «Novelas ejemplares» y aparece en el capítulo titulado «El vendedor de pájaros»

«Y Sevilla se me apareció en la seducción de sus callejas blancas de cal, de sus azulejos, de sus macetas con flores. Se husmeaba la vecindad del océano, no sólo en el aire sino en la traza de la gente». Como su apócrifo Ginés de Silva, Mujica Lainez también fue un sevillano apócrifo, libre y feliz

aquella Sevilla de fines del siglo XVI con sus propias sensaciones del siglo XX: «Si Toledo era una urbe esencialmente viril, severa, recia, una ciudad con armadura, Sevilla era una ciudad hembra, riente, sonora, mórbida. Respiramos su perfume, en la brisa, como se respira el aroma de una mujer. Y quizá por percibirla tan distinta, tan opuesta a la villa que nos diera la luz, nos aquejaron sus celos. La juzgamos como la pareja de Toledo, como su femenina mitad, y desde el principio la amamos».

Pícaros al fin y al cabo, Ginés seduce a la sobrina del canónigo —que vivía en la calle Abades— y Baltasar conquista a la hija del pajarero Flequillo, quien vivía en la calle Francos. Así, durante el día Ginés trabajaba para el pajarero y pasaba las noches en casa del canónigo, mientras Baltasar pasaba las noches en casa del pajarero después de trabajar todo el día en casa del canónigo. Puedo imaginarme a Mujica Lainez caminando por Argote de Molina para familiarizarse con el itinerario galante y madrugador de sus criaturas. Sin embargo, las sensaciones de aquella bulliciosa ciudad que Ginés recorría todos los días vendiendo loros, cotorras y guacamayos, acaso tam-

bién eran las mismas que experimentó Mujica Lainez mientras contemplaba Sevilla desde los bares donde se instalaba desde temprano, perfumado de lecturas, *croissants* y café:

«Y Sevilla se me apareció en la seducción de sus callejas blancas de cal, de sus azulejos, de sus macetas con flores. Se husmeaba la vecindad del océano, no sólo en el aire sino en la traza de la gente. Sevilla era la puerta del Nuevo Mundo, la atalaya, el balcón que oteaba hacia las Indias, el próspero almacén donde fondeaban los veleros remontando las veinte leguas que la separan del abierto mar. Por todas partes se topaba con hombres que hacían rodar barricas de vinos andaluces y que transportaban bultos con paños de Castilla, de Normandía y de Italia, o con las variedades de los quincalleros de la entera Europa. Personajes curiosos, con extraños atavíos, se afanaban alrededor de los fardos, multiplicando reclamos y exigencias. Eran judíos de Amsterdam, de Amberes y de Hamburgo; comerciantes de Ruán o de las ciudades hanseáticas; pícaros de cualquier estirpe, con gorros emplumados, con turbantes, con babuchas, con pesados collares de cobre, con fieros espadones de gavilanes mostachudos. Yo circulaba entre ellos, feliz, impulsando mi cargamento de aves peregrinas y ofreciéndolas a la muchedumbre. En la margen del Guadalquivir, frente a Triana, crecía la bulla. Iban y venían las barcas, abasteciendo a los altos navíos cuyas velas y estandartes temblaban, acariciados por el aura voluptuosa. Y yo seguía andando; regateando aquí un casal de periquitos; encomiando allá el lenguaje de una cotorra rebelde, que se negaba a parlamentar; mostrando más allá un martín pescador, naranja y verde; refiriendo que en la tienda teníamos un pájaro de México, un cuapacótl negro y leonado, único, pues reía como una mujer... Atrás, muy lejos, en una bruma de galeones destruidos, quedaban las angustias del Duque de Medina Sidonia y la rabia del desastre. En Sevilla, España volvía a ser la triunfal, la imperial, y la idea de una derrota resultaba imposible. Se comprenderá que yo bebiese sus efluvios como si fuesen tragos de vino caliente, y que, de súbito, mi voz victoriosa se levantase en grito largo, entre el alegre desorden de la exótica volatería».

Como su apócrifo Ginés de Silva, Manuel Mujica Lainez también fue un sevillano apócrifo, libre y feliz.